

4:55 p. m.

«¡Se nos llevan a Lorca... lo van a ejecutar!»... Oyó súbitamente el poeta. ¡Un alucinante grito! Por instantes *ve* a la Muerte atrincherada tras la puerta de la casa en la que se esconde. Se estremeció Federico. Ya no oyó más. No vio más... El horror se apoderó de su espíritu. Mimetizado el blanco cuerpo entre las paredes que lo rodean. Fue un alarido que, como una explosión, se dispersó con fuerza a su alrededor, rebotó sin control alguno entre las paredes, atravesó las puertas con gran violencia alarmando a las mujeres, a esa hora, las otras habitantes de la casa. El grito lo acorraló bruscamente y con la reciedumbre de un hiriente cuchillo entró en su cerebro, anticipando los proyectiles homicidas que muy pronto se alojarán en él. El alucinante clamor les enseñó el camino... «¡Se nos llevan a Lorca... lo van a ejecutar!»... ¡Fue un grito que, como un puñal de plata asesino, se clavó en su alma! Con la fuerza de un certero golpe acabó con su voluntad. Acabó también con su capacidad para decidir, terminó con sus posibilidades de actuar. Con la fuerza de un certero golpe, le cortó toda conexión con el exterior. Ya no oyó más. Ya no vio más... Desconectado de su realidad inmediata. Aislado del mundo que lo rodea se encuentra Federico. No oyó el estruendo hecho por el pesado aparato te-

lefónico al chocar con el piso. No vio el descoordinado corretear de las mujeres en la planta inferior de la vivienda. Tampoco oyó los chirridos de los gruesos herrajes de la puerta en el torpe y desesperado intento por asegurar los cerrojos. No oyó los *¡ave María bendita, protégenos!* No vio las rápidas señales de la cruz ni la inmediata aparición de los rosarios en manos de unas mujeres a quienes horroriza que el muy famoso poeta fuese encontrado en su casa. ¡Y tan comprometida que está la familia Rosales y varios de sus hijos con las fuerzas de choque falangistas que a estas horas andan buscando a Federico y a muchos como él, hasta debajo de las piedras, haciendo grandes estragos entre las gentes!... La madre de Luis, quien profirió el grito de alarma que escuchó Federico y las demás mujeres de la familia Rosales en cuya casa se esconde el poeta temen la bestial represalia contra sus hijos y sobrinos... Federico lo entendió de súbito. En fracciones de segundo se percató del peligro que corre la familia que lo ha acogido. Nunca pensaron quienes le ofrecieron la casa que lo buscarían allí, justo en el centro de operaciones de su enemigo. Él lo entendió en un instante. En menos de lo que dura un segundo *vio* a la Muerte agazapada. Sintió muy de cerca su sobrecogedora presencia. La Muerte atrincherada tras la puerta... De forma repentina también se percató de que prácticamente la ha estado esperando por mucho tiempo; espera que le ha impedido disfrutar en pleno de ese estado de trance lírico —más bien dionisiaco— que ha estado aprendiendo a alcanzar y que había disfrutado en muchos momentos de su vida. Y es que hacía ya casi un mes que espera a la Muerte a diario. A cada instante. De súbito se percató también de que ha estado jugando con ella y de que casi pudiera decir que la ha estado buscando, la ha estado instigando. Que los últimos días la estuvo incitando, que viajó a su en-

cuentro, que evadió todas las alternativas de escape, que no solo la buscó en su madriguera, sino que se metió dentro de ella. Que le movió, casi frente a sus narices, un trapo rojo para captar su atención. Casi puede decirse que esa búsqueda la planificó cuidadosamente, que hubiera podido escribir su puesta en escena... Pero lo cierto es que nunca intuyó su inmenso poder avasallador; ese que siente en estos instantes y que lo sobrecoge hasta la última fibra de su ser y que penetra en su cuerpo, paralizándolo, inmovilizándolo; de pie se encuentra el poeta en la planta alta de la casa, sobre el tercer escalón de la larga escalera en su descenso hacia la planta inferior. Allí *vio* a la Muerte atrincherada tras la puerta. Una mano aferrada al pasamano, la otra, pegada con fuerza contra su pecho, aplastando el manuscrito de la pieza teatral que todavía está retocando, aun cuando ya lo había leído a muchos amigos y lo había ensayado con los de La Barraca, el grupo universitario de teatro popular que Federico dirige junto a ese gran hombre de las tablas, Eduardo Ugarte. «¡Se nos llevan a Lorca... lo van a ejecutar!»... —el poeta recuerda el grito con la mirada fija en algún punto de la pared blanquecina que tiene frente a los ojos. «¡Se nos llevan a Lorca... lo van a ejecutar!»... —repite involuntariamente en su cabeza, muchas veces, tantas que no podría ni contarlas... Y es que lo novedoso en su imaginado libreto no era el desgarrador grito. No, no era ese clamor que ya de por sí anunciaba la terrible desgracia que —lo sabía— a todos impactaría y que les dolería en lo profundo de sus entrañas. La muerte de un amigo, ¡fusilado!... el amigo de toda la vida. La muerte del amigo de siempre. La muerte del gran dramaturgo. ¡La muerte del poeta de España!... Lo novedoso es que ese grito fuese proferido en la casa de la familia de Luis Rosales, su amigo, doce años menor que él, en la que se encuentra escondido.

Oculto en la madriguera del enemigo... Y es que Rosales era su amigo, sí, pero uno con hermanos comprometidos con la peligrosa fuerza de choque en apoyo a la sublevación militar que se ha iniciado un mes atrás —la Falange— y que según los más terroríficos rumores anda tras Federico. Escondido en la madriguera del enemigo... Lo innovador también es que la llamada de auxilio fuese realizada a través del hilo telefónico. La modernidad que trae consigo la inmediatez no logrará evitar el terrible desenlace. Es probable que los amigos que van quedando en España usen el mismo artificio tecnológico para interceder a favor del poeta. Con seguridad, los que huyeron también lo harán. Miles de llamadas telefónicas se cruzarán entre ellos. Otros miles de llamadas en busca de una salida realizarán sus simpatizantes. Eso no estaba en su imaginado libreto, ese con el que tantas veces escenificó su muerte. Lo novedoso también es que la elegante comitiva que habría debido disponerse para la detención del poeta granadino, ya afamado mundialmente, hubiese sido sustituida por el tropel de hombres que se están aproximando a la casa, cuyas procacidades verbales son claramente audibles tras su gruesa puerta. Pero mucho más le sorprendió que por aquellas noches no hubiese una luna manchada de sangre; esa que lo había seducido desde que, a sus doce años, leyó a Oscar Wilde, el escritor irlandés tan vapuleado en su época. Aquella luna llena, grande y misteriosa que lo acompañó desde entonces. No hubo coros mortuorios desfilando por las calles y anunciando la fatalidad por venir, tampoco la purificación espiritual de las tragedias griegas ni la catarsis social de las que hablaba Aristóteles. Ninguno de los más preciados símbolos de sus muy famosas tragedias teatrales hizo su aparición. Todo tan aséptico, tan moderno, tan dramáticamente real... Ya no oyó más. No vio más... Mimet-

zado el blanco cuerpo entre las paredes que lo rodean. Rígido el cuerpo, como el de los animales que sirven de presa, espera con ingenuidad que el terrible depredador pierda interés y lo deje incólume. Agarrotado el cuerpo como el de los cadáveres, con la mirada extraviada en algún punto de la pared blanquecina que tiene frente a sus ojos. Ya no había nada que hacer. Era ya solo cuestión de minutos para que ocurriese el terrible desenlace. Ya la suerte está echada solo falta ver su puesta en escena.